

Lacrime

ÁNGEL RUPÉREZ

Las lágrimas necesarias

Larmes

Tränen

tears

tearvs

tearvs

narrativa izana
ÁNGEL RUPÉREZ

**Las lágrimas necesarias
y otros relatos**

Narrativa izana
Colección dirigida por Justo Sorelo
© ÁNGEL RUPÉREZ, 2015
© Diseño de portada, Alfonso Vinuesa
© Ilustración de Portada, Ana Salguero
© AMBAMAR DEVELOPMENT S.L., 2015
e-mail: izanaeditores@izanaeditores.com
Avenida de Machupichu, 17-3
28043 MADRID
Tel: 91 388 00 40
www.izanaeditores.com
ISBN: 9788494522130

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 1970/93272 04 45).

Índice

Flores en su tumba

I

II

III

IV

Las lágrimas necesarias

I

II

III

Kind of Blue

J. S. Bach y sus hijos

La muerte y la doncella

La guerra lejana

Feliz cumpleaños

Señor Alzheimer

Lectores que aman

I

II

¿Quién vive?

Sensación de vado

I

II

Scott y Ernest, Ernest y Scott

Las heladas horas que se fueron

Teatro

I

II

El río

Escarcha a medianoche

I

II

Flores en su tumba

I

Por razones que solo el cerebro conoce, con sus maniobras inauditas y asombrosas, casi siempre perfectamente incomprensibles —que Segismundo Freud no me oiga—, quise, casi repentinamente, retrasar un día mi regreso de Londres a Madrid y para eso consulté a Marta primero y a la compañía aérea después. Era posible por parte de los dos, Marta e Iberia. No había problemas. ¿Y el trabajo? Para eso era yo jefe en la sucursal de la editorial Collins en Madrid, para poder hacer lo que me diera la gana con mis horarios. Para eso logra uno hacerse jefe, para eso uno se humilla tan prolongada e impúdicamente durante años, para poder llegar un día tarde al trabajo, tan tranquilamente, sin tener que dar cuentas a nadie.

-¿Qué quieres hacer? —me preguntó Marta.

Uhm, ¿qué quiero hacer? ¿Cómo se lo explico? No temas Marta, no temas. No hay más mujeres que tú en esta vida.

-Me apetece dar una vuelta por Portobello, me han entrado unas ganas terribles de hacerlo. Hace un día pre-

cioso. No sé por qué ese deseo, de veras. ¿Sabes tú explicar exactamente tus deseos?

Silencio momentáneo de Marta, que duró demasiado, pensé. ¿Estará mosqueada? ¿Temerá que...? Insistió, con más tranquilidad que preocupación en sus palabras:

-¿Pero qué se te ha perdido a ti en Portobello?

No me quedaba más remedio que hacer un esfuerzo por explicárselo y; de paso, tal vez por explicármelo a mí mismo.

-Mira, Marta, ¿recuerdas la historia que te conté sobre la muerte de Marco? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas su jeringuilla clavada en su antebrazo, tal como me contó su hermana Lucía? Di, ¿recuerdas?

Se lo había relatado impresionado y no hacía mucho de eso. Marta podía haberlo olvidado —ella no había conocido personalmente a Marco.

-Lo recuerdo muy bien, pero, ¿qué tiene eso que ver con que te quedas un día más?

-Ya te explicaré —le dije—. Es largo de contar.

Se hizo un silencio donde cupo mi obsesión repentina, convertida en oscura necesidad, y también su intriga, probablemente su asombro, por no decir su malestar.

Acabó aceptando mi plan, más bien con desgana, tal vez ofendida por la invasión de la muerte ajena en su bienestar de fin de semana. Sol en Madrid, ¿verdad? Al sol no le gusta la muerte, ni a ti tampoco, ya lo sé. Pero, que lo sepas, hace un día esplendoroso en Londres y a Londres tampoco le interesa mucho la muerte. ¿A quién le interesa la muerte?

-¿Y bien? —dijo, resignadamente, como esperando algo más por mi parte. ¿Qué vas a buscar en Portobello? ¿Acaso a Marco sentado en una acera, creyendo aún en la vida, esperando de ella algo más que autodestrucción y muerte prematura?

Así lo pensé yo, invadiendo el pensamiento de Marta. Y así se lo dije, pero de otra forma más comprensible: -

Necesito saldar una cuenta con el pasado. Ridículo, si quieres, pero es así.

Marta se resignó, y me deseó —creo que irónicamente— suerte.

-Ya me contarás —dijo, casi entre bostezos, al otro lado del hilo telefónico.

Sí, después de ese “ya me contarás” imaginé desgana, resignación, claudicación, tal vez conocimiento de mi mente más o menos novelera, tal vez influida por mis lecturas, quién sabe, y por mi profesión de editor de novelas. Pero, ¿quién conoce la mente de los otros? ¿Quién conoce su propia mente?

II

Con ese aval —la resignación y el consentimiento de Marta—, me adentré en la selva de Portobello, casi extasiado por la vitalidad que tenía ese interminable mercadillo, con tantos y tantos establecimientos de todo tipo, con tantos y tantos puestos callejeros, con ráfagas de músicas variopintas que procedían de aquí y de allá, con toda la gente de todas las razas que se entremezclaban allí, en semejante crisol para el asombro ilimitado. Mi pensamiento oscuro se borró al instante, pero no así mi empeño por seguir los dictados de mi mente, a la que, en cierto modo, el sol había esclarecido o, al menos, dotado de una luz de la que carecía cuando me desperté, abrí la ventana y vi que hacía un día esplendoroso. Sin embargo, existía una cuenta pendiente, alguien había muerto trágicamente, ese alguien me había acusado en una ocasión, yo (mi mente) había rescatado esa acusación y esa imagen, esa imagen me

había impuesto una obligación, yo se lo había comunicado a Marta, Marta me había dicho sí, allá tú...

Impulsado por esas oscuras razones (la oscuridad persistía en mi mente), me puse a buscar en los puestos por si encontraba un libro que evitara que me sintiera culpable de la muerte de alguien. Más o menos ese era el sentimiento que me embargaba, al mismo tiempo que era consciente de que mi empeño era perfectamente absurdo, por no decir demencialmente descabellado pues ¿cómo iba a encontrar un libro que evitara la muerte de alguien que ya había fallecido? Además, ni siquiera conocía el título del libro que tenía que encontrar. Lo único que sabía era que Marco me había acusado en una ocasión de no haberle devuelto un libro que me había prestado en Londres, concretamente en Portobello, un verano, ¿recuerdas?

La bronca y abrupta escena de la acusación había tenido lugar en un café de Burgos donde Marco servía copas. Recuerdo que era septiembre y que la luz del fin del verano se colaba por los ventanales y se reflejaba en los cristales empañados por el paso del tiempo. Recuerdo que el mostrador estaba húmedo y que tenía muescas y que, después de secarlo con unas servilletas de papel, sobre él posé el libro que llevaba conmigo: las prosas autobiográficas de Francis (Francisco) Scott Fitzgerald traducidas al español y que los editores habían decidido titular con el título que figuraba en la edición original en inglés, *The Crack-Up*.

Marco cogió el libro, ni lo abrió siquiera y lo abrazó con una actitud entre provocativa e infantil. Empezó a perorar una cantinela que contenía la acusación principal: me había prestado en su día, en Portobello, un libro que nunca le había devuelto. No fue fácil entenderle, pero lo dijo, y, mientras lo decía, abrazaba aún más el libro, apretándolo contra su pecho, como si temiera que se lo quitara.

Perplejo, asombrado, estupefacto, le dije que yo no recordaba nada, que ese libro era mío y; sobre todo, le dije

que se lo iba a prestar a nuestro amigo común Federico.

-¿Nuestro amigo común? —rumió.

-Sí, sí, Federico, Federico, Federico... —le dije contundentemente, repetitivamente, casi con malas pulgas, a punto de expresar ¿toda la mala hostia de que soy capaz cuando me buscan las cosquillas?

Él pareció arredrarse pero no por ello dejó de farfullar la cantinela confusa por medio de una dicción llena de tropicónes, interrupciones, repeticiones que llegaron a exasperarme, si no a herirme. ¿Y si fuera verdad lo que dice? ¿Y si lo dice porque este libro le retrata y le gusta sentirse comprendido? Si otros han caído antes que yo, ¿por qué no iba a caer yo también?

Seguí avanzando y mirando en los puestos, animado por el sol ya casi cenital y armado de una especie de machete que cortaba la densa vegetación de los numerosos libros que no anunciaban nada interesante (la mayoría). Seguí avanzando, mirando de refilón a las aceras, por si acaso algún joven conocido me ofrecía signos sobrados de la maduración del verano como símbolo pletórico de la vida presente y por venir. Nunca se sabe, la vida es muy misteriosa y a veces es capaz de darle un vuelco a todo de la manera más inesperada.

Los ojos volvieron a los puestos, a ese puesto en concreto, cuyo propietario lucía un insólito mandil azul, más propio de la cuesta Moyano de Madrid que del mercado de Portobello, en Londres. Me fijé en un libro traducido al inglés, *Also Spoke Zarathustra*, de Federico Nietzsche. Lo cogí y me puse a hojearlo. No importaba que estuviera en inglés, me llegaban sus ideas casi místicas y su estilo inconfundible, que yo —ya casi en la madurez— apreciaba tanto.

Mientras leía en silencio, una emoción recorrió mi cuerpo y pudo significar que en ese instante me sentía extrañamente acompañado, no únicamente por el pensamiento del filósofo, sino por un tiempo extraño que se

coló dentro de mí, cargado de sensaciones, la mayoría indescifrables (en aquel tiempo era joven, estrenaba la vida, la ilusión lo abarcaba todo, la amistad significaba algo, ¿qué más?). Aparecieron en esa intimidad amigos ausentes y experimenté una cierta emoción que me mantuvo por un instante ensimismado, recordando vagas cosas perdidas. ¿Aquellas arboledas? ¿Aquel verano lejano?

Le pedí a la nostalgia que me dejara en paz, miré a mi alrededor y reparé en una cara que me resultaba conocida. ¿Quién es? ¿Quién es?

¡Era Federico, el lector fanático de Nietzsche al que, por eso mismo, yo apodaba Zaratustra! Le interpele, me reconoció, nos saludamos efusivamente, intercambiamos impresiones, y abreviamos los respectivos relatos de nuestras vidas. Todo se aceleró en un santiamén, el tiempo voló en esos relatos precipitados, la vida quedó convertida en una telegráfica cadencia de hechos significativos: profesión, familia, ciudad de residencia...

No pude evitar confesarle la razón por la que estaba allí.

-He venido aquí porque...

Le conté en pocas palabras la muerte de Marco y también le resumí lo ocurrido hacía tiempo en el café *España* de Burgos. Hablé únicamente de los hechos desnudos, de la anécdota en sí, de la martingala del libro que me había prestado y que no le había devuelto, de la heroína que sin duda se había pinchado instantes antes de su perorata, del alcohol que debía correr por sus venas, todo mezclado infernalmente e infernalmente convertido en balbuceos, frases a medio hacer, miradas perdidas, gestos desencajados...

-La aguja clavada en su antebrazo, los algodones ensangrentados, su cabeza caída como si se tratara de un muñeco de feria...

-Horrible —dijo Federico, que se quedó pensativo, con los ojos nublados por algo parecido a unas lágrimas no

solicitadas, en absoluto equivocadas (¿por qué habían de serlo?).

Pasado ese trago, le conté mi verdad, la que sabía de sobra que no comprendería, porque ni yo mismo la comprendía.

-Busco el libro al que se refirió Marco, cualquiera que fuera ese libro, como si nunca hubiera existido y se lo hubiera inventado. Me he levantado con esa obsesión en la cabeza como si, realmente, le debiera algo, como si, en cierto modo, yo hubiera tenido algo que ver en su muerte. Ni yo puedo entenderlo, te lo aseguro.

Aspiró el humo de su pipa y lo soltó a la atmósfera diáfana del aire londinense de esa mañana. Parecía pensar así, echando humo purificado por sus pulmones. Volvió a inhalar humo, lo volvió a echar soltando ráfagas por su boca y yo percibí su aroma dulce, ligeramente afrutado, y sentí un placer olvidado. Al final de su pausa, musitó:

-Te irás con las manos vacías.

Me rebelé al instante y le espeté, con una absurda seguridad:

-Lo encontraré y se lo llevaré, como si se tratara de una ofrenda, o algo parecido. Los muertos comprenden lo que hacemos por ellos. ¿No se le llama a eso compasión?

Volvió a inhalar mucho humo y ardieron las ascuas de su tabaco, igual que yescas reavivadas por el viento. Me miró con una especie de lejanía asombrada que no supe descifrar. Al final, dijo algo más bien sencillo, que hubiera servido para quitarme para siempre el complejo de culpa que me tenía allí enganchado a un pretérito envenenado, del que era víctima.

-Recuerdo que le recomendé que leyera las prosas autobiográficas de Francis Scott Fitzgerald. Pretendía darle ánimos pero ¿se cura una borrachera con más alcohol? ¿Se apaga el fuego con más gasolina?

Metió la mano en el zurrón que llevaba y sacó un libro. ¡*The Crack-Up*, de Scott Fitzgerald, en la edición de la Edi-

torial Zigzag, Santiago de Chile! ¡Exactamente la misma! ¡La misma portada de colores rojos y marrones, la misma que había pretendido arrebatarme Marco en aquella ocasión...! ¡La misma que yo pretendía prestarle al mismo Federico aquel mismo día! Me lo tendió, lo miré fijamente, lo abrí, lo comprobé todo. Sí, era el mismo, el mismo...

Inhaló nuevo humo fresco, lo volvió a soltar por su boca, se lo cedió al aire londinense, y este se lo llevó en volandas al infinito de sus horizontes purificados por la luz de esa mañana. Al final, después de su reflexión, que a mí me tuvo en vilo, dijo, casi solemnemente:

-Devuélveselo. Llévaselo a su tumba, en tu nombre y en el mío, si no te importa.

¿Compasión, vértigo, súplica, infinito afecto? Federico no se anduvo con contemplaciones, ni sucumbió a los estragos del sentimentalismo. Me tendió la mano, y sonrió, sin más.

-Sabremos el uno del otro, seguro.

-Seguro.

Nos abrazamos y oí que su corazón latía al ritmo del tiempo reencontrado. Le regalé el ejemplar de *Also Spoke Zarathustra*, aunque estuviera en inglés.

Federico sonrió, comprendió la complicidad, me dio las gracias y se fue, dejando tras de sí la estela del tiempo que habíamos compartido en otro tiempo y que había renacido fugazmente en ese instante, en esa ciudad.

Cuando ya le había perdido por completo de vista, pensé que a mí me quedaba aún una cuenta pendiente. ¿Cuántas cuentas pendientes siempre en nuestra vida?

III

En esa época del año en Burgos los plátanos del Paseo del Corazón, robustos como gigantes, estaban llenos de hojas saludables como brisas marinas o aguas de río. Y su sombra era una elaborada miniatura pensada al milímetro para la piel y los ojos, de tal modo que los dos se confundían en una sagrada atribución, de la que no sabían absolutamente nada, excepto que la recibían como se recibe la sagrada forma en la comunión de los católicos.

Necesitaba hurgar en la herida con el fin de intentar curarla, no para regodearme en el dolor que me producía como si se tratara de un placer retorcido, propio de masoquistas. Federico me había ayudado algo, Londres puede que también, pero también tenía que ayudarme Burgos, la ciudad de Marco, de Federico, de mí mismo y de Mario, otro viejo amigo de entonces al que llamé para intentar seguir a ciegas el laberinto de mi culpabilidad, que seguía haciéndome daño. No puso ninguna pega en vernos enseguida. Como había ocurrido con Federico, el tiempo compartido, imantado de diamantes enterrados pero no desaparecidos, había facilitado las cosas. Debió de sentir amor, o algo parecido, si esa clase de emociones vinculadas al tiempo compartido son manifestaciones del amor.

Habíamos quedado Mario y yo en el Paseo de los Rododendros, frente al estanque donde el dios Apolo derramaba por su boca agua, que a su vez aprovechaban los gorriones para bañarse y para saciar su sed. Fui yo el que sugirió el sitio y él asintió, sin ningún problema. Llegué yo el primero, con un periódico en las manos, que empecé a leer en la espera. Al mismo tiempo, entre noticia y noticia, entre artículo y artículo, me entretuve en mirar a los gorriones que merodeaban en busca de comida y arrojé alguna que otra piedra al estanque, para espabilar las aguas demasiado quietas y originar en ellas ondas expansivas que morían en la orilla, con mansa aceptación